

¿Por qué vuelven los toreros?

Cecilia Pérez Talamantes

Sí; yo sé de toros. Los he visto embestir. Los he matado. Y los he visto matar hombres, y los he sentido mientras daban muerte al caballo que montaba. Sí; yo sé de toros. Y de públicos. Aquella multitud que grita hasta levantar un ídolo de seda y oro, y luego tiene placer en verle desplomarse en lágrimas... o muerte.

Conchita Cintrón

La mayor parte de los recuerdos de mi papá comienzan en su biblioteca. Esa tarde la tengo en mi memoria como si fuera ayer; andaba husmeando en los librereros, buscando algo para leer; pero, la verdad, sólo recorría con mi vista, curioseando, viendo todo lo que había, los libros de España que me gustaban tanto,

las revistas de arte, las de viajes, las de comida gourmet, una colección preciosa sobre decoración, en fin, sólo andaba disfrutando.

Estaba contenta porque había terminado de leer una novela que me había gustado mucho, *Jane Eyre*, un clásico de la literatura romántica inglesa; aún la traía en la mano, no la quería soltar, sentía el deseo de tenerla conmigo. En eso, entró mi papá a la biblioteca, le platicué que estaba buscando algo que leer; vio la novela que traía en la mano y me dijo: “ven, te voy a regalar algo que te tienes que leer”. Caminé hacia el lugar en el que guardaba sus libros taurinos y sacó uno con un clavel en la portada: *¿Por qué vuelven los toreros?*² de Conchita Cintrón.

En ese momento (yo era muy joven) me sentí un poco decepcionada, esperaba que me recomendara otro clásico novelón; asimismo, me sentí un tanto sorprendida, primero por el libro en sí, ¿de toros?; segundo, porque no sabía que ella hubiese escrito un libro, ya que la conocía como rejoneadora. Sé que mi papá leyó en mi cara la extrañeza, y con un gesto de cariño (muy característico de él), con el libro golpeó suavemente mi cabeza y me dijo: “conoce a esta mujer, lo que ella ha hecho es admirable”. Antes de irse, me insistió: “no sólo hay que leer novelas, aunque sean muy buenas o hermosas. La fantasía es un deleite, pero hay que acercarnos a las lecturas de la vida real; conocer a las personas de carne y hueso. En este libro vas a descubrir el miedo, el gozo, la pasión, amores y sinsabores que se viven en la realidad”. Yo estaba muy verde aún para entender lo que mi papá quiso hacer conmigo cuando me regaló el libro de Conchita Cintrón. Tuvieron que pasar los años para que comprendiera todas las lecciones que con ese regalo me dio. Hoy le agradezco infinitamente haberme regalado ese libro, ya que, con el tiempo, comprendí lo que representaba Conchita Cintrón como figura del toreo, como mujer, como escritora, como poeta.

Cuando mi papá hablaba de ella, lo hacía con gran emoción, pero sobre todo con gran admiración. “¡Conchita lo es todo!”, decía. Y sí: fue figura del toreo y una mujer de gran carácter que supo abrirse camino en un mundo tan feroz, tan masculino, siempre haciéndose respetar, siempre con dignidad, elegancia y categoría. Una mujer de una sola pieza. Otro aspecto de la vida de Conchita Cintrón que mi papá admiraba —segura estoy que con ella se identificaba— era su cultura y su sensibilidad. Él, un amante de la lectura; ella, una escritora fina, sensible. Y poeta:

Quisiera irme
 como la tarde
 entre aromas de jazmín y madreSelva,
 con el luto en los horizontes
 y el pájaro cansado
 en el crepúsculo de mis horas.
 Quisiera irme
 quedo, muy quedo,
 en busca de la aurora;
 quedo, muy quedo,
 como se va la tarde¹

Esta gran rejonadora fue, de la misma manera, una escritora fecunda, una mujer que supo cultivar sus anhelos y sus cariños por los caballos, por los toros, por sus amigos, por su familia y por la escritura. Conchita se desempeñó como escritora en diversos medios periodísticos, como *El Porvenir* de Monterrey o *El Informador* de Guadalajara; al igual que en revistas, como *El Redondel*, donde manejaba la palabra tan bien como lo hacía manejando sus caballos. Y publicó tres libros: *Recuerdos*, de 1962; *¿Por qué vuelven los toreros?*, de 1977, y *Aprendiendo a vivir*, de 1979. *¿Por qué vuelven los toreros?* es una antología

1 Conchita Cintrón, *¿Por qué vuelven los toreros?* Editorial Diana, 1977, p. 230.

de crónicas, como dice la autora en una bellísima dedicatoria, escaneada para el libro, de su puño y letra, que a continuación transcribo:

Dedicatoria: Antología de crónicas, aparecidas en *El Informador* de Guadalajara, Jalisco, dedicada a la memoria de mis padres, mi maestro, mi marido e hijos, mis amigos; al recuerdo, en fin, de un mundo de gente admirable que ha convertido en algo muy especial mi paso por la vida, enseñándome que para el caminante sí hay camino... cuando le dan la mano al andar.

Conchita Cintrón nos regala un manojo de recuerdos, de hechos evocadores de sus vivencias en el mundo taurino, con tal conocimiento y sensibilidad que, más que un libro de toros y de toreros, lo que ella aquí nos ofrenda es un libro profundamente humano, donde comparte recuerdos y emociones muy hondas que quizás todos experimentamos en nuestras vidas, pero que sólo un espíritu con ternura fina, como el de ella, puede apreciar en toda su dimensión. De las crónicas contenidas en el libro, “Sol y sombra” es una de mis favoritas, tal vez por ser, como se dice en lenguaje taurino, “la primera de la tarde”. Desde luego, el texto engancha:

La fiesta tiene sus raíces, como toda flor, en el lodo abonado de miserias; pero están dispuestas para quienes miran hacia abajo, y en la vida hay que mirar hacia arriba. ¡Siempre hacia arriba! Negar belleza por reconocer miseria sería negar el cielo por existir el infierno. Y entonces... ¿adónde está aquella hora de emoción?²

Cuando uno lee a Conchita, da la sensación de que aún en su prosa se encuentra, velada, la poesía. Cada una de sus

2 *Ibidem*, p. 21.

crónicas es un deleite. “Añoranzas”, “Las cornadas de la vida”, “¿Qué es torear?”, “Los muertos llenan las plazas”, “El ciego y yo”, “Un ensayo de escritura surrealista”, “Pesadillas taurinas” son algunos de los títulos de estas reseñas que Conchita escribió. Comparto un fragmento de “El ciego y yo”:

Hoy es domingo y ya le oigo venir... El hombre es ciego, toca el saxofón y no me conoce. Hace años que lo vi por primera vez. Era también un domingo... Un domingo sin toros en una ciudad adormecida. Y yo sentí una extraña hermandad entre su vida sin luz y la mía sin toros. Le mandé cinco escudos y un recado: siempre que tocara un pasodoble en mi calle, en domingo, recibiría la misma suma. No ha fallado. Ahí viene...³

Son varias las ocasiones en las que Conchita narra su sensación de vacío por vivir sin toros, su añoranza por la Fiesta Brava, su recuerdo por esas tardes de luces, voces y gritos:

¡Fermín...!, ¿Te acuerdas? ¿Recuerdas esas carreteras empolvadas, que nos llevaban de pueblo en pueblo, con la puerta sobre la baca y el delirio en el corazón? ¿Y permanecen en tu memoria aquellas noches perdidas en las densas inmensidades de un México nocturno, alumbrando apenas por las claridades de nuestros coches vagabundos? Conversaban, en sordina, el mozo de espadas y el chofer, menos rendidos que los toreros. Y se preguntaban mutuamente por dónde sería el camino. Porque en ese entonces nos orientaban magueyes o nopales, y cuando nos lo sacaban del paso, o no dábamos con ellos, era menester saber de astronomía. ¡Fermín! ¿Te acuerdas?⁴

3 *Ibidem*, p. 22.

4 *Ibidem*, p. 29.

Yo, recordándolo, te veo a mi lado en el ruedo, cuando me tocaba algún novillo más difícil. Frente al peligro abandonabas tus cumbres, y te colocabas de mí más cerca que mi propia muerte. Y es que tú, además, adivinabas las cosas. Cuando el novillo aquel de Tampico se llevó la mitad de mi capote, surgiste de la nada entregándome el tuyo. Y yo salí corriendo, llevándolo en la mano. ¿Y recuerdas cómo me caí? Tus capotes eran más grandes que los míos, y con mis angustias de encarar el novillo tropecé sobre sus vuelos rojos. Y recuerdo que, al componerse para iniciar un lance, me gritó uno de sol: “No te preocupes, Conchita, ese capote torea solo”. Sí, Fermín, eso parecía, en tus manos, el toreo: algo nacido del milagro, sin esfuerzo, de tus gestos. Yo nunca he visto –y dudo si volveré a verlo– un cuadro como aquel que nos pintaste en Bilbao. ¡Qué buen torero eras! Estabas en la plaza como un príncipe en su corte.⁵

¿Por qué vuelven los toreros? es un libro que todos, aficionados y no aficionados, deberíamos leer, pues lo que ella nos relata, en cada uno de sus recuerdos, son experiencias tan humanas, vistas con una extraordinaria sensibilidad y conocimiento. Nos hace ver cómo el toreo, con todo lo que implica, tiene una influencia poderosa sobre el hombre y la sociedad. Sólo una persona como ella, que haya vivido en ese ambiente, que conozca el medio taurino desde dentro, puede apreciar este valor oculto que encierra la Fiesta Brava.

Todo vuelve... sutil... frágil... inmensamente real y doloroso... Aquel crujir secreto de la arena cuando se la pisa, el susurro de una seda que se despliega, el pesado movimiento de un toro que se revuelve... Vuelven aquellos pitones blancos humillados, y son los sentidos

5 *Ibidem*, pp. 30-31.

que despiertan frente al peligro; y es el sol y es el compañero al quite; y es la multitud que clama y el corazón que escucha y la sensación tremenda de ser; vivir.⁶

En “El dios pagano”, Conchita explica muy bien lo que significa la gloria y el olvido; lo cruel que puede ser que a una figura del toreo se le deje de considerar “grande”, lo que ella define como un dios —a ella la apodaban “la Diosa Rubia del Toreo”—. Y yo me pregunto, ¿se reflejó, acaso, en el texto?

Cuando el torero deja el ruedo, pasa al mundo de los hombres. Ya no es un dios. No reparte su espada la muerte; ni brotan, de sus entrañas, las maravillas mitológicas de su expresión. Es entonces él —el torero enmudecido— quien arremete ciegamente contra el destino. Lucha... pelea y sucumbe, atravesada, su vida, por la espada de la realidad: el torero, en la plaza, será un dios; mas en la vida no pasa de un pobre animal sujeto a la voluntad del Lidiador Supremo.⁷

Conchita Cintrón hace una defensa de sus amigos mata-dores retirados y, por qué no decirlo, de ella misma también; con el anuncio del regreso de algunas figuras del toreo y alrededor de las hipótesis que se desencadenaron en críticas, condenando a estos diestros y presagiando sus fracasos, ella, con su pluma, *sale al quite*. Enfatiza la falta de comprensión de los periodistas y los condena por cortar los vuelos de los anunciados regresos.

¡Hay tanto tiempo para criticar a un torero después de su reaparición! ¡Y hay tantas cosas contra las cuales pueden acometer las plumas taurinas durante la veda del invierno... Tanta “organización” que pudre las raíces de la fiesta...! ¿Que alguna figura quiere reapa-

6 *Ibidem*, pp. 21-22.

7 *Ibidem*, p. 37.

recer? ¡Dejarle...! Tiene el derecho de hacerlo. Es su vida y nombre lo que pone en juego, algo que en nada puede dañar a la fiesta. Es un clavel más que brota en la primavera y que pronto se deshojará si no resiste el viento de la adversidad.⁸

Y afirma —señalando que lo ha repetido— varias veces: “el torero que es, lo es como el sacerdote *in aeternum...*”;⁹ o sea, para toda la eternidad. La autora continúa: “Pero la verdad está en ese toque del clarín que le persigue, trayendo en su eco las imágenes de una emoción inenarrable que llenaba temporadas y que desapareció dejando el rastro, insoportable, de horas tras horas completamente vacías. «La naturaleza —decían los antiguos— tiene horror al vacío»”.¹⁰ Cintrón concluye este apartado enfatizando su postura ante los acusadores: “Sí, señores críticos, vuelvan a los toros o no vuelvan, hay que comprender el drama del hombre que es, sin poderlo remediar, antes que nada... torero”.¹¹

En alguna ocasión, le ofrecieron a Conchita que escribiera algunos apuntes o crónicas o recuerdos de temas no taurinos. Ella relata que la invitación le pareció una oportunidad formidable; sin embargo, al poco tiempo, cayó en cuenta de la dificultad que tendría en separar lo que ella define como “el mundo humano de la universidad del ruedo”. Es con esa intención que nos relata un recuerdo, al que titula “Crónica sin toros”, dedicada a su amigo ganadero Antonio Palha, del cual nos cuenta que era un hombre mayor que gustaba del campo y las letras, pero que había sido internado en un manicomio:

— Por fin —me dijo mi amigo—, me han comprendido. Estoy, como tú sabes totalmente loco. Y me han

8 *Ibidem*, p. 43.

9 *Idem*.

10 *Idem*.

11 *Ibidem*, p. 45.

recetado un médico de la especialidad. Y naturalmente nos hemos entendido de maravilla...

— ¿Y te sientes bien? —quise saber.

— Perfectamente —me aseguró el ganadero—: no ha surgido sino un momento de duda en el internamiento que me han impuesto. Fue cuando al terminarlo el médico me preguntó: «Señor Palha, ¿ya distingue usted bien los sueños de la realidad?» Y yo le contesté: «Doctor... Ahora sí que estamos mal... ¡Cómo quiere usted que distinga los sueños de la realidad, si toda mi vida he vivido soñando!» ¡Y no te digo más! ¡Casi no me dejan salir!

— No te preocupes —le tranquilicé—, así están de locos los cuerdos...

Ya decía Miguel Torga:

Los poetas son locos,

Y pocos

Creer

Que la locura

Es el don de lo eterno en cada criatura.

Pues sí; recordando aquellos momentos reconozco que yo, como mi querido amigo Antonio Palha, siempre barajeé sueños con realidad. Muerte o vida en el ruedo... ¿Cuál sería el sueño?, ¿cuál la realidad? ¡Ay, escribir sin escribir de toros...! ¿Cómo extirpar de la vida de un torero lo torero, si primero se le va la vida?¹²

12 *Ibidem*, pp. 187-188.

En éste, como en la mayoría de sus textos, Conchita nos deja ver *ese mundo* de los toreros, que ella añoraba con tanta nostalgia. Y digo *ese mundo* como si fuese otro, porque fue Conchita quien así lo veía. En *Grandeza y decadencia de la Fiesta brava*, una excelente entrevista que le hizo Carlos Landeros, así lo afirma:

son dos mundos, uno el de los toreros y otro el del resto de los mortales [...] El planeta de los toros es, sin duda alguna, un mundo diferente y un mundo totalmente masculino... Si observas te darás cuenta: nos reunimos unos cuantos toreros y vivimos un mundo aparte hablando de toros. Si entra otro mortal bajamos del planeta y convivimos con él, pero en el fondo seguimos viviendo aparte.¹³

Ante esto, Landeros le pregunta: “¿cuál es ese planeta?”:

Es el de la vida y la muerte, y el de la pasión y el de la tragedia, y el de la desilusión y la ilusión, y el de la poesía y el de la escultura, y el de la pintura y el de todos esos temas de los cuales nosotros hablamos. En nuestro mundo todo se mezcla, aunque no seamos ya toreros o quizás no seamos más todavía al retirarnos de los ruidos. Espiritualmente, la mujer siempre ha existido en ese planeta, porque están las madres de los toreros que rezan por sus hijos; ahí están las novias, las esposas, las hijas, las hermanas que les dan ánimo para que sigan en su puesto, unos triunfando y otros fracasando, pero siempre con el apoyo de la mujer.¹⁴

13 Carlos Landeros, *Grandeza y decadencia de la fiesta brava*. Universidad Autónoma de Aguascalientes, 2016, p. 101.

14 *Ibidem*, pp. 101-102.

Me resulta interesante poder comprender lo que significó ser mujer para Conchita Cintrón. Para mí, ella fue una feminista, una mujer que logró abrirse camino en un mundo que estaba vedado para la mujer. Sin embargo, ella no se definió como tal. Ella defendía el puesto de la mujer enfatizando que no buscó ni aspiró a la igualdad, ya que, de acuerdo con ella, la mujer habría tenido un lugar por encima del hombre —en el mundo en el que ella pudo observar—. Retomemos la entrevista. Carlos Landeros le pregunta si ella enfrentó problemas con los alternantes de su cuadrilla, con ganaderos o con los empresarios; si alguna vez le faltaron al respeto o llegó a escuchar palabras fuertes a cierto tipo de proposiciones. A lo cual, Conchita, respondió: “Estamos hablando de otras épocas, todavía no existía el movimiento feminista y creo que tuve mucha suerte por pertenecer a una época en la que todavía no ocurría”.¹⁵ “Entonces, ¿usted no cree en el feminismo?” pregunta Carlos:

Creo que la mujer debe aspirar a ese lugar muy especial que le da el hombre a la mujer y que está muy por encima de la igualdad. Es el lugar que concede el hombre a su madre y a su hermana y a las mujeres a quienes quiere. No puede haber igualdad. Yo nunca desearía la igualdad.¹⁶

Cuando uno lee las palabras de Conchita Cintrón, puede descubrir el entorno en el que ella vivió: un mundo donde la mujer tuvo acceso a la cultura, a la lectura, al trabajo; un mundo donde a la mujer se le otorgó un lugar muy especial. Todos los relatos de su infancia dejan ver a una niña que tuvo la fortuna de tener, a su alcance, la educación, la poesía, los idiomas, la música, los deportes. Fue consentida, mimada y educada con disciplina y libertad, dos armas muy poderosas

15 *Idem.*

16 *Idem.*

que la ayudaron para enfrentar ese mundo del toro tan masculino, con tanta clase y feminidad:

El otro día... El rector de la Universidad de Aguascalientes, Pérez Romo, fue a la casa de Humberto Moro, por la noche, porque quería conocerme. Quería saber la razón del fenómeno, del por qué me habían aceptado a mí en el mundo de los toreros. Quería conocerme porque cuando escribía era completamente femenina. Nunca puse de lado todas esas características que ahora las muchachas hacen lo posible por no revelar, al competir en el mundo masculino, pero mi idea fue torear con ellos y ser protegida por ellos. Cuando estaba en el ruedo y había un toro con problemas, yo no contaba con mi cuadrilla solamente, también entraban Chucho Solórzano y Lalo Balderas y "Armillita". Los quites más extraordinarios que me han hecho en la vida han sido los de los matadores de toros, porque estaban al pendiente de mí, como si fuera una hermana más chica. Creo que es difícil concebir que se tenga tanta ternura y tanto cuidado por una persona como de los que yo he gozado en el ruedo. He sido mimada hasta lo máximo. Cuando llegué a México casada, veinte años después, Lalo Solórzano estaba conversando conmigo cuando se aproximó Francisco, mi marido, Lalo me abrazó y se le quedó mirando interrogativo y le dijo: —Oye, Francisco, ¿cómo la has tratado?, porque nosotros la chiqueábamos mucho—.¹⁷

Conchita Cintrón fue una mujer que rompió paradigmas; que se atrevió a romper reglas; una mujer ejemplo para todas las mujeres de su tiempo y de todas las épocas; supo triunfar en el mundo de los hombres, siendo amiga verdadera de cada uno

17 *Ibidem*, pp. 102-103.

de ellos. Nunca los vio como sus rivales ni ellos la vieron a ella como una competidora; al contrario, fueron compañeros que supieron vivir amando una misma pasión: los toros. Estremeció el mundo taurino porque era una torera muy bella. Fue asediada por políticos (Maximino Ávila Camacho la colmó de regalos y atenciones), toreros y artistas, en un medio tan duro y tan difícil –con el machismo imperante de la época–; no obstante, se ganó el respeto por su comportamiento de una auténtica dama; siempre guiada y protegida por su maestro Ruy de Cámara y su esposa Asunción, para quienes era como su hija.

Se presentó en Madrid como rejoneadora el 13 de mayo de 1945. En España, en esa época, a las mujeres no se les permitía torear a pie y, sin embargo, el día de su despedida, en una corrida en Jaén, el 18 de octubre de 1950, alternando con Antonio Ordóñez y Manolo Vázquez, se bajó del caballo, haciendo su faena con toda serenidad y sin temor a las amenazas del régimen franquista, ¡valiente y retadora! Rebelde dentro de su exquisita clase. El crítico español Gregorio Corrochano dijo de ella: “El día que este torero se baje del caballo, se tendrán que subir al caballo muchos toreros”.¹⁸ Por su parte, el maestro Ángel Luis Bienvenida dijo:

Ella ve, como pocos hombres lo que desarrolla el toro en la plaza, la actitud de los toreros, lo puro, lo auténtico; con una maestría, capaz de dar lecciones, a los grandes maestros del toreo. Mujer entendidísima, con personalidad arrolladora, inteligente, guapa, rebosante de señorío, con empaque único, que fue depositando en el mundo taurino la flor de oro de su refinada elegancia.¹⁹

En *Recuerdos*, Conchita escribió una carta bellísima a sus hijos. Ahí, quiso exponerles todos aquellos sentimientos taurinos

18 En “Conchita Cintrón ‘La diosa rubia del toreo’”, por Alejandro A. Arredondo M., revista *Donde*, México, noviembre de 2022.

19 *Idem*.

que ellos, por ser muy jovencitos, no podían comprender, pre-
viendo que, acaso, tal vez con más edad, algún día se llegarían a
preguntar “¿por qué mi mamá fue torera?, ¿qué tan difícil o feliz
fue aquello?, ¿qué emociones le provocó la Fiesta?”:

Queridos hijos:

Son vísperas de Navidad. Ha llovido muchísimo. El
frío nos anuncia que es tiempo de ir al sótano por las
maletas donde guardo las figuras del nacimiento, y los
adornos y las velas de nuestro Árbol de Navidad. Ma-
ñana iré a Porto para hacer vuestras compras. ¡Qué
alegría me da saber que aún creéis que el niño Jesús
envía los regalos!... Y pensándolo bien, tenéis razón.
¿Quién sino ÉL hace posible el milagro de vuestro hogar,
habiendo tanto sin él quién si no él? ¿Quién si no ÉL hace
posible que vuestros ojos azorados se llenen de alegría al
ver en los escaparates juguetes que sabéis pueden apare-
cer en casa? [...] Nada de lo que aquí en casa conocéis
o escucháis os puede dar una idea de lo que haya sido
mi infancia o mi vida antes de ser vuestra madre. Te
he escuchado –es cierto–, Ana Mafalda, diciendo con
tu vocecita de muñeca: “Cuando sea grande, voy a ser
torera.” Pero esta frase en esa cabecita no tiene ningun-
a base. No sabes lo que es torear, no sabes lo que es
un toro de lidia. Hace unos días, ¿sabes lo que me pre-
guntaste, Mafalda?... ¡Si los toros bravos sabían morder!
¡Eres tan ignorante como yo a tu edad, y aún más! [...] Tú,
Ruy, como eres el mayor, has ido a Sevilla y has
visto dos corridas de toros, que has observado con la
mayor naturalidad. Te encantan los caballos, y no te ex-
traña nada que yo haya sido torera. A ti tampoco, Joao.
Aceptáis todo con la simplicidad de los niños. Pero a lo
mejor cuando seáis mayores sentiréis alguna curiosidad;
y por si esto aconteciera, he comenzado a escribir, en

esta tarde de invierno, algo de lo que fue mi vida antes de tener la incomparable dicha de conocer a vuestro padre y compartir con él las alegrías y tristezas que Dios ha tenido a bien enviarnos.

Y, para terminar, firmaré con aquel nombre que vosotros me habéis dado, el más profundo consuelo de mi vida.

Mác.²⁰

Conchita Cintrón fue feliz mamá de seis hijos. Amó profundamente a su familia, su hogar, su rol de mamá y, al mismo tiempo, amó ser torera. Supo sortear ambas suertes y en una y otra sufrió las más grandes penas: ver morir a sus compañeros en los ruedos, como a su hijo Pedro en un accidente automovilístico, siendo joven aún. A todas las circunstancias de la vida logró sobreponerse, con entereza y dignidad.

En la referida entrevista con Carlos Landeros, Conchita Cintrón dijo: “¿Lees francés?, ayer consideré mi día uno muy feliz porque descubrí cuatro frases de Víctor Hugo que me emocionaron muchísimo. Cuando leo un poema así, ya siento que cumplí y no necesito hacer nada más. ¡Qué no daría yo por haberlos escrito!”²¹ Esta frase me hace sentir afinidad cuando leo algunos de sus textos: quedo tan feliz, que cierro el libro y digo, como ella, “¡hoy ya no necesito hacer nada más!”.

¿Por qué vuelven los toreros?, el hermoso libro que me regaló mi papá, me ha acompañado entre mis haberes desde mi juventud; ha ido y venido en mis mudanzas y siempre ha estado ahí. Aun cuando se me escondiera, en mi memoria y en mi corazón siempre está. Por haberme abierto los ojos, por consentirme tanto, por haberme regalado este hermoso tesoro, ¡gracias, mil gracias, Papá!

20 Conchita Cintrón, *Recuerdos*. Espasa-Calpe, 1962, pp. 9-11.

21 Carlos Landeros, *Grandeza y decadencia*, *op. cit.*, p. 104.

